

# El individuo ante el embargo<sup>1</sup>

**A**NTE LAS DECISIONES, MUCHAS VECES FATALES, QUE NOS impone el destino, podemos consultar a nuestros seres queridos, dejarnos llevar por la presión social o confiar a Dios nuestras cuitas y dudas. Pero una vez tomada una decisión y adoptada una postura, nos quedamos solos ante nuestra propia conciencia. Una vez lanzada la piedra, no podemos detenerla ni evitar el daño que hará; lo que hay que hacer es parar la mano antes de tirarla.

La ética es quizás la parte más individualista de la filosofía ya que nos habla de los juicios de valor que aplicamos a la hora de discernir entre el bien y el mal. Ante el hecho concreto del embargo yo, como muchas otras personas (cubanos o no) he tomado mis decisiones y adoptado una postura.

El embargo constituye un sufrimiento añadido al que ya le produce, al pueblo de Cuba, el socialismo que allí se practica. Los que nos fuimos tenemos una vida hecha en el extranjero: una casita, un apartamento, un auto o dos, un trabajo, una pequeña empresa, una cuenta grande o menos grande en un banco. Además de todo eso, que pertenece al mundo de la realidad, tenemos otra cosa muy amada perteneciente al mundo de las ilusiones: una vida en la Cuba futura, una vida en la cual invertiremos los frutos de nuestros esfuerzos actuales. Los cubanos que se quedaron en la Isla, en cambio, no tienen absolutamente nada en ningún otro lugar de este planeta. Solamente tienen lo que los rodea: una casa más o menos desvencijada, un terruño, una escuela para sus niños, un trabajo que por lo general no da para comer, un gobierno que unos quieren, otros aborrecen y todos temen, una familia más o

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el simposio «Salud y nutrición en Cuba, efectos del embargo americano», el 13 de septiembre de 1997 en el Hotel Sofitel de Miami, Florida.

menos numerosa así como los despojos de un sueño que una vez fue hermoso y hoy está desarbolado. Yo no le reconozco absolutamente ningún derecho a ninguna potencia extranjera, cualquiera que ésta sea, a implementar ninguna política que agrave la precariedad de los que optaron por quedarse en esas condiciones.

Abandonar un país no es ningún mérito ni significa que uno, por el simple hecho de haberse ido, se convierta mágicamente en un intrépido luchador investido de una moralidad superior a la de los que no se fueron. Haber abandonado un régimen con el que uno no está de acuerdo, o incluso al que odia o desprecia, no debería hacernos soberbios e implacables, sino humildes y comprensivos *con los que viven* bajo ese régimen. ¿Qué decir de los millones de cubanos que están convencidos de que ese sistema responde a sus intereses? En mi condición de demócrata, digo lo siguiente: ellos son, primero, mis compatriotas; después mis adversarios políticos; jamás mis enemigos a los que tengo que eliminar. El fundamento de la democracia es la aceptación de que lo que cada bando representa *no contiene toda la verdad*.

Don Miguel de Unamuno decía que él se negaba a participar en el engrandecimiento de su patria, y hasta de su hegemonía mundial, si eso habría de lograrse a costa de su personalidad. Yo me fui de Cuba por eso, porque me imponían un engrandecimiento nacional a costa de mi ser más profundo. Y dije que no; que hicieran su revolución sin mi ayuda. En el exterior, no he cambiado de actitud. El embargo es antidemocrático, constituye una violación de los derechos humanos del pueblo de Cuba y yo no le deseo a los hijos de nadie, ni siquiera a los de mis adversarios políticos dentro o fuera de Cuba, lo que no les deseo a mis propios hijos. Por añadidura, no se trata de un embargo mío: no me pertenece, no me favorece y no lo he pedido. Es un embargo de otros, de una parte exógena del conflicto que tiene sus propios intereses que defender. Que los defiendan, pues, sin la participación de un individuo llamado René Vázquez Díaz.

Pero bueno, ¿y si yo estuviese equivocado y el embargo contribuyese a introducir en Cuba la democracia y la economía de mercado? En casi cuarenta años, el embargo y sus defensores no han logrado más que intensificar belicosamente el orgullo nacionalista de los compatriotas que defienden el tipo de socialismo que hay en Cuba. Además, ha paralizado a quienes no lo defienden y ha dividido aún más a los cubanos de la Isla y del exilio, haciendo difícilísima una concordia futura. Pero aun si fuera cierto que el embargo ayuda a introducir los cambios que yo aspiro para Cuba, *tampoco lo apoyaría*. Pues sería lograr un objetivo político aplastando mis principios éticos y morales y porque cualquier victoria alcanzada por medios ilegales y mediante la fuerza de Estados Unidos viciaría de origen la democracia naciente en Cuba, dando pie a nuevas frustraciones que nos sumirían en un calvario de nuevas luchas de consecuencias imprevisibles.

Como Lezama Lima, yo creo en el poder unificador y purificador de la familia cubana. Eso lo demuestran los miles de casos de exiliados que vociferan que apoyan el embargo pero que, en cuanto se les enferma la madre o la

hermana en Cuba o su sobrina va cumplir los quince, se movilizan y no escatiman esfuerzos ni dinero para enviarles lo necesario, aliviar sus dolencias y organizar la fiesta. Curiosa doble moral. La familia, decía Aristóteles, es anterior al estado, y por lo tanto también a la política; pero sobre todo es anterior a la politiquería.

Existe un consenso dentro y fuera de Cuba: el régimen totalitario cubano tiene que cambiar. Pero un consenso es susceptible de fanatizarse hasta el punto de imposibilitar una acción equilibrada que lleve a los resultados deseados. El embargo y la Ley Helms-Burton fanatizan ese consenso. Don Miguel de Unamuno habló de la lástima que él le tenía a «los pueblos unánimes», pero ante todo a esa calamidad todavía peor que son «los hombres y las mujeres unánimes», o sea aquéllos que se han liberado de toda contradicción interior y de todo tormento de duda, aquéllos que no llevan «una guerra civil dentro de sí», y se arrojan el derecho de tirar la primera piedra, y la segunda y la tercera, como si fueran portadores de *toda* la verdad. Yo sí llevo esa guerra civil dentro de mí, y por eso desearía evitársela a mi país. El embargo forma parte activa de nuestro problema y no de su solución. Ella está en nosotros, los cubanos de dentro y los de fuera.

